

Fotografiar la fiesta: aprender a mirar, vivir, sentir, interpretar, aprehender, transmitir

(Photographing the *fiesta*: learning to see, live, feel, interpret, learn, convey)

Yániz Aramendia, Santiago
Eusko Ikaskuntza. Miramar Jauregia. Miraconcha, 48.
20007 Donostia-San Sebastián
syaniz@euskalnet.net

Recep.: 03.04.08
Acep.: 07.01.09

BIBLID [1137-859X (2008), 11; 301-306]

Fotografiar la fiesta implica al mismo tiempo mirar desde afuera y sentirse dentro. La experiencia de un fotógrafo a través de las fiestas de Euskal Herria enseña una manera de mirar pero también de estar con la cámara como herramienta. El respeto y la búsqueda constante marcan el trabajo más apasionado que existe: descubrir la vida detrás de la máscara.

Palabras Clave: Fiesta. Fotografía. Carnaval. Interpretar. Documental. Etnográfico. Mirada. Composición.

Festari argazkiak ateratzeak kanpotik begiratzea eta barruan sentitzea ekartzen du. Argazkilari batek Euskal Herriko festetatik izaten duen esperientziak begiratzeko modua erakusten du, baina baita kamera tresna gisa egoten ere. Errespetua eta etengabeko bilaketa nagusi dira gaur egun dagoen lanik kartsuenean: bizitza mozorroaren atzetik aurkitzea.

Giltza-Hitzak: Festa. Argazkia. Inauteriak. Antzeztea. Dokumentala. Etnografiko. Begirada. Konposizioa.

Photographier la fête implique regarder de l'extérieur et se sentir à la fois à l'intérieur. L'expérience d'un photographe à travers les fêtes du Pays Basque nous montre une nouvelle manière de regarder, mais aussi d'utiliser l'appareil comme un outil. Le respect et la recherche constante marquent le travail le plus passionnant qui existe : découvrir la vie derrière le masque.

Mots Clé : Fête. Photo. Carnaval. Interpréter. Documentaire. Ethnographique. Regard. Composition.

Muchos años sintiendo la fiesta desde el ángulo de la cámara le permiten al fotógrafo la suma de una experiencia vital inexcusable. Allí está la mejor de las recompensas a un trabajo que termina por ser duro y exigente y casi siempre mal pagado.

Haciendo memoria del comienzo casual aunque entusiasmado del trabajo siempre inacabado que como fotógrafo he venido realizando sobre las fiestas vascas no puedo olvidar un viejo reportaje sobre el carnaval de Lanz que en la revista Periplo firmaba Diego Azqueta.

Corría el año 1977. Apenas se había despertado en mí el interés por las fiestas y aquello fue como una revelación. Desde el momento en que descubría en las figuras de Miel Otxin, Ziripot y el Zaldiko toda una misteriosa magia gráfica supe que aquel debía ser un buen oficio.

Tardé unos años en volver a Lanz pero por fin pude viajar en auto-stop –¡qué tiempos aquellos!- hasta aquellas tierras a los pies del Saioa. Blancas de nieve, las calles de Lanz despertaban con medio metro de hielo cuando, aterido de frío, era reconfortado por un café caliente servido amablemente por la vecina del pórtico de la iglesia donde me había cobijado durante la noche.

No sabía casi nada de Lanz más que lo que releí decenas de veces en aquel reportaje pero, casi sin darme cuenta, pude asistir a un ritual hasta entonces reservado a los íntimos. La vieja puerta de la ganbara de la posada se me abrió para permitirme fotografiar el llenado de paja del espeso Ziripot mientras un rayo de luz inquietante filtraba líneas desde aquella estrecha ventana.

Bajar la crujiente escalinata de madera entre los txatxos y sufrir después sus escobazos o los severos pellizcos de las tenazas de los herreros fue el prólogo perfecto al desenlace de la quema del bandido en las llamas rodeado por la danza del fabuloso zortziko final.

Las fotos de aquella jornada no fueron perfectas, aunque alguna fue simplemente útil. Pero aquel bautismo de fiesta fue sin duda definitivo. Vida desconocida, rituales misteriosos, gentes amables, ambientes íntimos, ruido, música, gritos, luces, fuego y color proponían emoción a todos los sentidos pero mucha más al corazón.

Aquello fue sólo un comienzo; luego vinieron otras fiestas, de toda índole: ceremoniosas, pautadas, litúrgicas, esquemáticas o locas. Y cada una tenía algo que decir a la cámara.

1. MIRAR INOCENTE

La mirada de aquellos primeros tiempos de fotógrafo era absolutamente inocente. Con el recurso de la cámara buscaba recoger, capturar acción y representación, color y figura; poco más.

En aquellos primeros tiempos me había aproximado al interés por la etnografía sin más currículum que un espíritu curioso por todo lo que sonara a costumbre y a país ayudado por algunas herramientas eficaces como algunos textos de Caro Baroja y Luis Pedro Peña Santiago y enseguida el cuestionario Etniker elaborado por Aita Barandiaran y sus discípulos. Llevando aquellas preguntas en el subconsciente buscaba respuestas con la cámara como herramienta. Era simplemente un ejercicio de intuición.

La vinculación a principios de los años ochenta con un editor especializado en estas áreas orientó también sin duda mi punto de mira hacia la esfera etnográfica.

Así marcharon mis primeros pasos por las fiestas de Euskal Herria. Durante años viajaba aquí y allá buscando y descubriendo un mundo complejo de costumbres, hábitos, relaciones y manifestaciones tan superficiales como profundas pero que muchas veces estaban ausentes a mi propia percepción. Esta percepción se fue sin embargo forjando en el trabajo continuado, en la continuidad de ver, capturar y evaluar lo logrado y someterlo en ocasiones a la valoración rigurosa de terceros.

Sin embargo en esta fase inicial mi propósito fotográfico era básicamente documental, respondiendo más a la demanda del limitado mercado en que estaba introduciéndome que a un proyecto fotográfico personal.

2. UN MÉTODO HONESTO

En el terreno práctico he ejercitado siempre un procedimiento inevitable y repetido pero basado en un propósito de honestidad. Consiste en llegar y mirar; mirar despacio, explorar y escudriñar antes de disparar. Procurar siempre sentir desde dentro para imaginar el acontecimiento antes de comenzar a fotografiar.

Otro fundamento básico que es fundamental en el reportaje honesto es la obligación de dejar transcurrir los acontecimientos sin alterarlos. Es una máxima: si el trabajo del fotógrafo pudiera impedir que el transcurso festivo se desarrolle con normalidad o alterarlo más vale perder las fotos que interrumpir.

De fiesta en fiesta conseguí aprender a “estar en ambiente”, a ser uno dentro pero sin obligar jamás una pose, nunca pedí detener un paso en el propósito de encontrar siempre verdad en mis imágenes. Tarea difícil, doy fe, pero con mucho más aliciente precisamente por eso. ¿Será porque lo difícil tiene mayor interés para el fotógrafo?

3. CERCA DE LA VIDA

Si inicialmente la relación humana se me hacía difícil por timidez y precaución con el tiempo y la experiencia conseguí la osadía de acercarme a las cosas; también la propia experiencia me pedía proximidad y así los objetivos de cámara se fueron haciendo cada vez más abiertos. Dejé los teleobjetivos para otras tareas y me quedé con los angulares para abordar siempre el reportaje de fiesta. Este me pedía proximidad, cercanía y contacto, vivir de cerca las relaciones, sentirlas para expresarlas.

También de este modo después de aquel propósito documental de la primera época la mirada fotográfica se fue haciendo progresivamente más compleja y más elaborada.

Con el tiempo aprendía a descubrir en las situaciones humanas segundos y terceros planos de acontecimientos. A ver en las miradas, en la gestualidad y en las expresiones más que en los objetos y en este camino aprendí a mirar más agudamente. Ya no veía sólo ángulos y luz, también sombras y paradojas, contrapuntos, símbolos ocultos y mensajes que en muchos casos ni siquiera el sujeto festivo era consciente de ejecutar. Atraparlos en una imagen era el reto.

Acompañando en el espíritu a Cristina García Rodero –maestra de fotógrafos de fiesta a la que debo una buena parte de mi mirada- descubrí que el entorno festivo era un ámbito riquísimo en situaciones fotográficas y comencé un trabajo eterno en las fiestas de Euskal Herria. Eterno porque siempre será inacabado y sin un propósito de cerrar capítulos. La tarea del fotógrafo aquí como en cualquier otro escenario es buscar, encontrar y ofrecer lo que encuentra a sus lectores, desde la prensa, el papel del libro, desde la obra colgada o desde cualquier lugar en que se le escuche.

Año tras año, viajé sin un propósito de exhaustividad por un sin fin de fiestas, repitiendo muchas, descubriendo otras; por simple pasión. Y, aunque los carnavales son un sujeto recurrente especialmente rico y querido de los fotógrafos, no ha desmerecido en este viaje personal ninguna otra fiesta por íntima o local que sea. La más sencilla de las romerías puede ser fuente de emocionantes imágenes y por supuesto siempre de documentos etnográficos.

4. CÓMO TRABAJAR UNA FIESTA

Aunque no sea preciso un método de trabajo riguroso hay algunas pautas que son importantes en el proceso de aproximación al sujeto fotográfico.

Previamente al viaje he procurado siempre contar con una mínima documentación cuando ha sido posible sobre el desarrollo de cada fiesta, sus actos relevantes, su horario, etc. Libros, relatos o artículos, compañeros de oficio y muchos informantes locales han aportado siempre datos para esta ayuda.

Después el esquema es siempre parecido: llegar muy pronto, observar, hablar, establecer relación, entrar entre bastidores allí donde es posible, hacerse amigo del ambiente...

Llegado el momento de fotografiar, hay que disponer del equipo fundamental, nada más. Cuanto más ligero y discreto mejor; la cámara y el objetivo no deben ser más que un medio a disposición de la mirada para atrapar imágenes válidas por su composición, por su luz, por su equilibrio y juego cromático, pero también por el interés de lo que sucede dentro del cuadro sometido a las dos dimensiones.

Todos los elementos están en el lenguaje que el fotógrafo conjuga para obtener su resultado. El hábito de mirar enseña a encontrar estos juegos de manera intuitiva y a disparar en el momento que interesa aislando aquello que puede ser convertido en imagen fragmentaria: lo que puede transmitir belleza, acaso repulsión, sensaciones dispares y a ser posible emociones y sensaciones. Cuantas más emociones pueda trasladar una imagen mejor. Y para mirar no hacen falta demasiados aparatos.

Contra las imágenes atrapadas de ráfaga es más interesante esperar y disparar una sola fotografía con sentido aún a riesgo de perder la batalla en este intento.

Una doble idea se acumula además constantemente en el proceso: la búsqueda de imágenes individuales con valor por si mismas y la construcción de un relato, de una historia que pueda ser contada con las imágenes. Por tanto la inmersión y la concentración son fundamentales para este doble proceso.

5. EL SEÑOR EDITOR MANDA

Una última fase del proceso fotográfico es inevitablemente la de puesta en público de las imágenes. Ningún sentido habría tenido acción ni reflexión, trabajo ni diversión si las imágenes no pudieran someterse a la mirada de terceros. En este último ejercicio parece que todos los fotógrafos estuviéramos abocados a la necesidad de “publicar” y esto es bastante cierto. Es necesario para vivir y poder seguir produciendo pero además para satisfacer el ego y sentirnos en el mundo.

Pero no siempre aquello que el fotógrafo más defiende tiene posibilidades de ser publicado. Lo más fotográfico se queda muchas veces en el armario y sólo las exposiciones o trabajos personales permiten que vea la luz trascendiendo lo más convencional, el repertorio más “hermoso” de la fiesta y que es el demandado por los circuitos comerciales.

Aunque cada vez más los editores gráficos son capaces de encontrar interés en la fotografía verdadera no es fácil que la fiesta vaya mucho más allá de su valor documental en Euskal Herria, salvo contadas excepciones.

Y en este otro campo de batalla el fotógrafo se ve de nuevo blandiendo sus armas contra el bisturí de los diseñadores que una y otra vez se empeñan en recortar, recuadrar y “refabricar” aquellas imágenes que tanto ha costado conseguir.

Alguien defendió que para el trabajo etnográfico era más importante la perspectiva del etnógrafo, del estudioso, que aquella del fotógrafo. Creo que se equivocaba: el fotógrafo bien educado puede resolver con más eficacia el propósito de “contar”, de narrar en imágenes un acontecimiento y sorprendernos con algunos momentos mágicos atrapados en este tránsito.

En todos los ámbitos del globo la fiesta es un valioso instrumento al servicio de la relación social pero guarda detrás todo un complejo sistema de símbolos, evocaciones y hasta de provocaciones que en muchos casos escapan incluso a quien participa en ella pero una mirada certera puede descubrir y arrebatarse al transcurso del tiempo. Ese es el trabajo del fotógrafo.

Aproximar una mirada fotográfica al mundo festivo es al mismo tiempo un reto difícil y un ejercicio de extraordinario placer en tanto que posibilita ir mucho más lejos en la percepción de cada acontecimiento, de sentir intensamente cada instante y sobre todo de aprender sobre nosotros mismos.